

XXX

LUIS NAPOLEÓN DIPUTADO

El 25 de febrero de 1848 Luis Napoleón llega á París; se apea á la puerta de la casa de su amigo M. Vieillard, calle de Sentier, y el 28 escribe la siguiente carta á los individuos del Gobierno provisional: «Señores: Habiendo destruído el pueblo de París por su heroísmo los últimos vestigios de la invasión extranjera, llego presuroso del destierro para alistarme bajo la bandera de la República que se acaba de proclamar. Sin más ambición que la de servir á mi país, vengo para anunciar mi llegada á los individuos del Gobierno provisional y asegurarles mi fidelidad á la causa que representan, así como también mis simpatías. Aceptad, señores, la expresión de mis afectos.» Se contesta al príncipe intimándole la orden de repasar inmediatamente la frontera; mas lejos de irritarse por esta orden, se somete sin murmurar y marcha otra vez á Londres, dirigiendo á los individuos del Gobierno esta segunda carta, fechada el 29 de febrero: «Señores: Al cabo de treinta y tres años de destierro y de persecuciones, creía haber adquirido el derecho de obtener otra vez un hogar en el suelo de la patria; pero vosotros pensáis que mi presencia en París es un estorbo, y por lo tanto me alejo momentáneamente. En este sacrificio veréis la pureza de mis intenciones y de mi patriotismo. Recibid, señores, la expresión de mi alto aprecio y de mis simpatías.»

He aquí de nuevo al príncipe en Londres, donde no se interesa al parecer en las cuestiones políticas francesas y donde se hace inscribir junto á las personas más dignas que hay en la City entre los *constables* especiales apostados en la plaza de Trafalgar para reprimir la agitación cartista. Comprende muy bien que al día siguiente del 24 de febrero la popularidad de Lamartine prevalecerá sobre la suya, y en vez de intentar una lucha que le sería desventajosa, deja que se gaste en el poder el gran poeta, cuyo prestigio político se desvanecerá á los tres meses.

Las elecciones para la Asamblea constituyente se verifican en el mes de abril, y Luis Napoleón no se presenta. Tres de sus primos hermanos, el príncipe Napoleón, hijo del rey Jerónimo; Pedro Bonaparte, hijo de Luciano Bonaparte, y Luciano Murat, hijo del rey de Nápoles, son elegidos. La Asamblea celebra su primera sesión el 4 de mayo; proclama diez y siete veces seguidas la República, y sin embargo, la mayoría de los representantes es reaccionaria. El

hombre de Boulogne y de Estrasburgo se mantiene reservado, y desde Londres escribe á M. Vieillard el 11 de mayo: «No he querido presentarme candidato en las elecciones, porque estoy convencido de que mi posición en la Asamblea hubiera sido sumamente embarazosa.... Ignoro si me censuraréis por esta resolución; pero si supierais cuántas proposiciones ridículas se me hacen, aun aquí, comprenderíais hasta qué punto he de verme en París más expuesto á ser objeto de todas esas intrigas. No quiero mezclarme en nada; deseo ver la República fortalecerse por su cordura y sus derechos, y entretanto el destierro es dulce para mí, porque sé que es voluntario.»

El príncipe recibe noticia de que ahora se trata de mantener contra él solo la ley de destierros de 1832, hecha contra los Bonapartes; y al tener conocimiento de ello dirige á la Asamblea nacional una carta fechada el 24 de mayo, la cual termina así: «Ante un rey elegido por doscientos diputados, yo podía recordar que soy heredero de un imperio fundado sobre el asentimiento de cuatro millones de franceses; en presencia de la soberanía nacional no puedo ni quiero reivindicar más que mis derechos de ciudadano francés; pero éstos los reclamaré sin cesar con la energía que comunica á un corazón honrado la seguridad de no haber desmerecido jamás de la patria.» ¿Quién es el que defiende ante la Asamblea la causa del príncipe? Es un republicano, un individuo del Gobierno provisional, el ministro de Justicia, el ciudadano Cremieux: «El nombre de Napoleón, dice en la tribuna el 2 de junio, se conserva como uno de esos grandes recuerdos que se extienden sobre la historia de un pueblo y resplandecen con un brillo inmortal. Todo cuanto hay de popular en esa gloria lo aceptamos presurosos, y la proscripción de su familia sería para la Francia actual una vergüenza.» La Asamblea toma en consideración, casi por unanimidad, la proposición Pietri, así concebida: «Queda derogado el artículo 6.º de la ley del 10 de abril de 1832, relativo al destierro de la familia Bonaparte.» La imprudencia de los republicanos acaba de abrir otra vez las puertas á Luis Napoleón para que prosiga su carrera.

Las elecciones complementarias se verifican el 4 de junio: el príncipe no se presenta; pero varios amigos, más impacientes que él mismo, dan su nombre sin que él lo sepa. Algunos antiguos conspiradores de Estrasburgo y de Boulogne, MM. de Persigny, Laity y Bataille, se agitan ya; pero Luis Napoleón no parece ni publica ninguna proclama; y sin embargo, con gran sorpresa suya, es elegido por cuatro departamentos: los del Sena, Yonne, Charente Inferior y Córcega.

A pesar de un principio de agitación bonapartista en el mismo París, ¿quién es el que se pronuncia en la Asamblea en favor de la validez de las elecciones del príncipe? Son dos republicanos eminentes, Julio Favre y Luis Blanc. El uno dice: «¿No comprendéis que si el ciudadano Luis Bonaparte fuera bastante loco é insensato para soñar en el día de hoy una especie de parodia de lo que hizo en 1840, merecería el desprecio de sus conciudadanos y el de la posteridad?» El otro se expresa así: «La República es como el sol; dejad al sobrino del empera-

dor acercarse á ella, pues seguro estoy de que desaparecerá en sus rayos.» La admisión del príncipe se vota por una gran mayoría.

Entretanto, la agitación bonapartista continúa en París; hay agrupaciones de gente en las terrazas de las Tullerías, en la plaza de la Concordia y en los bulevares; y se hace una propaganda napoleónica en pleno día, bajo una forma democrática y popular. El gobierno se inquieta, y entonces el príncipe escribe desde Londres al presidente de la Asamblea, con fecha 14 de junio: «Me disponía á marchar para ocupar mi puesto, cuando recibo la noticia de que mi elección sirve de pretexto para deplorables perturbaciones y errores funestos. Yo no he buscado el honor de ser representante del pueblo, porque conocía las injustas sospechas de que soy objeto, ni menos aspiraba al poder.» La siguiente frase expone mucho al príncipe á perderlo todo: «Si el pueblo me impone deberes, sabré cumplirlos; pero reniego de todos aquellos que me supongan intenciones ambiciosas que no tengo.» A la lectura de las palabras: «Si el pueblo me impone deberes, sabré cumplirlos,» se produce un ruidoso clamoreo y por todos lados gritan: «¡Es un pretendiente!» El general Cavaignac se lanza á la tribuna y dice: «La emoción que me agita no me permite expresar todo mi pensamiento, como lo desearía; pero lo que observo es que en ese escrito, que será un documento histórico, no está la palabra República.» Si se hubiera procedido en seguida á la votación, el príncipe habría sido condenado infaliblemente; pero se aplaza la discusión hasta el otro día, 16 de junio, y en esta fecha el presidente de la Asamblea recibe otra carta de Luis Napoleón, en la cual dice: «Deseo el orden y el mantenimiento de una República sabia, grande é inteligente, y puesto que, bien contra mi voluntad, favorezco el desorden, pongo mi dimisión en vuestras manos, no sin el más vivo sentimiento. Espero que muy pronto renacerá la calma en Francia, permitiéndome esto entrar como el más simple ciudadano y también como uno de los más fieles al reposo y á la prosperidad del país.»

Pocos días después estalla la formidable insurrección de junio. Es una gran suerte para Luis Napoleón no ser testigo de ella, pues de estar presente en París, hubiera debido pronunciarse por uno de los dos partidos en lucha, sin contar que muchos bonapartistas se hallan en las filas de los insurgentes. Más vale para él haber desempeñado en Londres el papel de constable, que verse en la precisión de vestir en París el uniforme de guardia nacional. Su feliz estrella es la que le permite no figurar para nada en las medidas draconianas, en los fusilamientos y en los destierros en masa que fueron la conclusión de las lamentables jornadas de junio.

Una vez vencida la insurrección, el príncipe no se apresura á presentarse de nuevo en escena, y durante algunas semanas procura hacerse olvidar. La Asamblea nacional acaba de decretar que el general Cavaignac ha merecido bien de la patria, y para asegurar la dictadura le bastaría al general expresar tal deseo. Atacarle prematuramente sería una falta grave, y el príncipe no la cometerá, resignándose á esperar tres meses más aún.

Se han de verificar elecciones en el mes de septiembre para llenar las vacantes que hay en la Asamblea nacional. El general Cavaignac, á pesar de la rectitud de sus intenciones, se ha granjeado enemistades entre los republicanos avanza-



El general Cavaignac

dos, y más aún entre los conservadores; y Luis Napoleón juzga que para él ha llegado el momento de volver á presentarse en escena. Se organiza la más activa propaganda electoral en su favor, y es elegido por cinco departamentos, el Sena, el Mosela, el Yonne, la Charente Inferior y Córcega. Opta por París, su ciudad natal; y cuando se proclaman las elecciones en el Hotel de Ville, los dos nombres que la multitud aclama con más afán son el suyo y el de Raspail.

El nuevo diputado, procedente de Londres, llega á París el 24 de septiembre y se aloja en el hotel del Rhin, plaza Vendôme, frente á la columna. Al día siguiente, la sesión de la Asamblea nacional ha comenzado ya hace algún tiempo, cuando todas las miradas y todos los anteojos se fijan hacia el centro izquierdo,

más arriba del banco donde suele sentarse M. de Lamartine. Es el príncipe, que entrando calladamente por un corredor, ocupa su sitio en uno de los bancos de la izquierda, entre M. Vieillard y M. Havin. Después pide la palabra, sube á la tribuna y lee la alocución siguiente: «Ciudadanos representantes, no me es permitido guardar silencio después de las calumnias de que he sido objeto. Necesito expresar aquí altamente, el primer día en que me es dado sentarme entre vosotros, los verdaderos sentimientos que me animan y me animaron siempre. Al cabo de treinta y tres años de proscripción y destierro, encuentro al fin otra vez mi patria y mis conciudadanos. La República me ha proporcionado esta dicha; reciba la República mi juramento de fidelidad. Largo tiempo hace que no he podido consagrar á Francia más que las meditaciones del destierro y del cautiverio. Hoy tengo abierta ya la carrera por donde avanzáis; recibidme en vuestras filas, queridos colegas, con el sentimiento de afectuosa simpatía que me anima á mí mismo. No debéis dudar que mi conducta se inspirará siempre en el deber, siempre animada por el respeto á la ley; y probará que nadie aquí es más fiel que yo á la defensa del orden y del afianzamiento de la República.» Este breve discurso es acogido favorablemente por la Asamblea.

Una vez diputado, Luis Napoleón se mantiene en la más prudente reserva. Raras veces se presenta en la Cámara; y como la multitud se estaciona delante de la verja para verle pasar, entra por las puertas pequeñas y se sustrae á la curiosidad. Se sienta en la izquierda, pero no vota con esta última ni con la derecha.

Por táctica se abstiene en las ocasiones importantes; habla muy cortésmente con sus colegas acerca de los diversos partidos; pero sin comprometerse jamás y sin salir nunca de las generalidades. Sin embargo, como es atento, como tiene aire humilde, y como se mantiene siempre en una calma de buena sociedad, se granjea amistades con varios de sus vecinos, y oscila hábilmente entre los republicanos y los realistas, cuyas simpatías busca por igual. Sin embargo, si se le observa bien se puede ver que en la sala del Palacio Borbón no está en su elemento, y que para este diputado de lance el mandato legislativo no es más que un escalón.

XXXI

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL

Hasta su evasión de Ham, Luis Napoleón se había visto acosado por la fatalidad. Todas sus empresas fracasaron siempre de una manera miserable, y hubiérase dicho que llevaba en la frente la señal indeleble de la proscripción y del infortunio. Infamado, burlado, vilipendiado, puesto en ridículo bajo todas las formas, rechazado por su misma familia y excitando un desdén más ofensivo aún que la cólera, parecía condenado para siempre á reveses irremediables. Mas de improviso, como al golpe de una varilla mágica, el mismo personaje llegará á ser, sin saberse por qué, el favorito de la fortuna y á disfrutar de una de las suertes más imprevistas, más extraordinarias y más inusitadas que hayan conducido jamás al pináculo á un político. Todo cuanto hubiera debido perjudicarle le será útil, y aquellos mismos que aparentemente deben ser sus adversarios más peligrosos contribuirán á su triunfo.

El 5 de octubre de 1848, la Asamblea nacional debe resolver sobre el modo de elegir presidente de la República; y si decide que se nombre por aquélla, es indudable que el general Cavaignac obtendrá los sufragios. Parece, pues, que todos los republicanos se pondrán de acuerdo para que prevalezca semejante combinación. Pues bien: sucede todo lo contrario; y el hombre que induce á la Asamblea á elegir el jefe del Estado directamente por sufragio universal, preparando así la caída de la segunda república, es su fundador, M. de Lamartine. «Tengo fe, dice, en la prudencia de un país al que cincuenta años de vida política han modelado para la libertad; pero si esta confianza debiese quedar defraudada, aún sostendré que hay épocas en que es preciso decir como los antiguos: *Alea jacta est*, «¡ya está echada la suerte!» Preciso es dejar alguna cosa para la Providencia, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene.» El poeta profeta termina su discurso fatalista de este modo: «Si el pueblo quiere que se le vuelva á conducir á los campos de la monarquía, si desea abandonar las realidades de la República para correr en pos de un meteoro que le abrasará las manos, dueño es de hacerlo, porque al fin y al cabo, es el rey actual, es su propio soberano y no nos quedará más remedio que decir, como el viejo Catón: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni*.» La enmienda de M. Grevy, que propone la supresión de la presidencia de la República, se desecha por 643 votos contra 138, y se adopta por 627 contra 130 el artículo de la Constitución